

entonces lloraba sin saber por qué,  
y ahora he sabido lo feliz que era  
con las ignorancias que ya atrás dejé.  
Pero no te creas, lo que ofrezco cumplo,  
y en pie, con los años, mi promesa queda...  
Una tarde...

—¿Cuándo?—...

Todavía espera:

una tarde buena,  
cuando seas más vieja,  
cruzaré los mares que de ti me alejan,  
llegaré hasta América,  
bajaré a mi tierra,  
y buscando el hogar que ya apenas  
en sueños recuerdan  
mis ojos, llegaré a tu vera,  
cogeré tus manos cansadas y lentas,  
para conducirte junto al pobre piano  
que apagado suena,  
y otra vez, como antes, ¿te acuerdas?,  
me daré a la música de las notas viejas,  
la música aquella  
que anhelas que el hijo aprendiera  
para que algún día, cuando ya estuvieras  
temblando y pequeña  
y peinando las canas de abuela,  
te trajera toda la fresca sonrisa  
de la Primavera...  
(Mendelssohn y Schubert, Schumann y Chopin...)  
Y tú, entonces, llena  
de emotiva gracia,  
cual si floreciera la vida de ayer,  
te pondrás otra vez a coser,  
aunque de tus ojos se escape una lágrima  
que prenda en la aguja, porque  
guardará tu alma la emoción romántica  
de la edad aquélla, del encanto aquél,  
y comprenderemos los amados nombres:  
Mendelssohn y Schubert, Schumann y Chopin...

José A. BALSEIRO

## La Rica Hembra de Granadilla

(LEYENDA)



Con los que aquella mañana dominguera de finales del siglo XIV andaban por las calles de Granadilla, antigua villa, cabeza de partido de la provincia de Cáceres, vieron a un harapiento, saco al hombro y cayada a la diestra que subía fatigosamente la cuesta que conduce a la puerta principal que horada las murallas.

Desde lejos se notaba claramente que su barba estaba descuidada y sus borceguíes muy rotos, su chaqueta negreaba desgarrones y su andar era cansino, a pesar de sus pocos años.

Le franquearon los centinelas el paso, sin dificultad y pidió agua a una niña que en un cántaro de barro la subía de la fuente del Olivar. Se limpió en la manga, se sentó en un poyo de piedra que había a la puerta de la primera casa de la calle y cuando se vió rodeado de hombres y chiquillos, explicó:

—Vengo de muy lejos, de tierras de moros. Allí reina la peste y está acabando con mucha gente. En Granada, en un solo día, murieron quinientas personas. Si queréis salvaros debéis ir a las sierras del norte, pues allí no llegará el mal.

—¡Yo tengo 87 años!—exclamó iracundo un viejecito—. Aquí nací y aquí quiero morir.

—¡Marcha de aquí antes de que te echemos a los perros!—le increpó un joven de pelo rojizo.

El grupo iba rodeándole amenazador. Alguién levantó el puño:

—¡Fuera de aquí, maldito!

En ese mismo momento se oyó una voz que anunció:

—¡Ahí viene la señora condesa!

Seguida de dos damas y un paje avanzaba hacia el grupo la condesa doña Leonor.

Era doña Leonor, por entonces, una dama que no había llegado a los cuarenta y que conservaba la belleza en todo su apogeo. Tenía ovalado el rostro y fina la nariz, verde los ojos y grácil el talle. Su generosidad era tan proverbial como su riqueza, sus finas maneras formaron escuela en la Corte, sus donaires eran muy celebrados y el sacrificio que había hecho por su hija mayor, la cual padecía extrañas manías, muy valorado por todas las gentes.

Doña Leonor, Condesa de Alburquerque, se había recluso en su castillo de Granadilla desde hacía varios años y estaba entregada por completo al cuidado de su hija enferma.

Su marido, don Fernando de Antequera, pasaba su vida entre el campo de batalla y las obligaciones cortesanas.

Doña Leonor se aproximó al grupo y preguntó:



—¿Qué dice ese hombre?

Un vecino le explicó todo lo que había dicho el mendigo.

Algo especial debió ver doña Leonor en él, porque sin más explicaciones le ordenó:

—¡Seguidme!

Ante el asombro de todos, el harapiento prorrumpió en gritos de júbilo y con muestras de alegría marchó tras la dama y sus acompañantes.

Por la puerta del castillo que mira al oeste, con arco de medio punto, entraron en él. Este había pertenecido antes a la Orden de Santiago. En 1259 pasó a poder de don Martín Alonso Gil, señor de Alburquerque. En 1274 fué donado a la iglesia de Sancti Spiritu de Salamanca. Don Alfonso el Sabio lo recuperó para la Corona y se lo regaló al Infante don Pedro el año 1282. Don Alfonso XI hizo concesión de él a don Sancho de Carvajal, hijo del despeñado en Martos. Doña Leonor, la Rica Hembra, lo tenía por regalo de su padre don Enrique II.

En silenciosa fila fueron asceudiendo doña Leonor y sus acompañantes, por la hermosa escalera de caracol que llega hasta la última planta almenada, con cuadrada torre oteadora de horizontes. No se detuvieron hasta llegar a una amplia estancia, flanqueada por un torreoncillo cilíndrico, en la que entraba cegadora luz por una ventana lobulada. Se sentó la egregia dama en un banco de piedra, perpendicular a la ventana y preguntó al joven:

—Sospecho que no has dicho la verdad de tus intenciones a esas buenas gentes. Alguna otra cosa te trae por estas tierras. Quiero que me la digas.

El harapiento se defendió y fué duro el forcejeo. Nada pudo conseguir la condesa. Ni promesas ni amenazas fueron eficaces para arrancarle una palabra.

—¡Al grillete!—ordenó la dueña del castillo.

El desconocido fué conducido a la celda de castigo y por su cuello pasaron un aro de hierro, que fijo a la pared a la altura de un metro, mantenía al castigado en una posición muy incómoda. Así estuvo dos días con sus noches sin probar comida ni beber agua. Al tercero pidió hablar con la condesa y éste fué su relato:

—Es cierto que vengo del reino de Granada, en donde he ejercido la profesión de físico. Soy judío. Allí en Granada, en su lecho de muerte, recibí la confesión de un moro principal que me reveló que en el río Alagón dejó un antepasado suyo un cofre lleno de alhajas y me dió, además, muchos detalles del lugar exacto donde debe estar. Yo quería sembrar aquí el terror, con la noticia de la peste, para dedicarme a buscar el tesoro con toda libertad. Ahora ya lo sabéis todo, gran señora.

No pareció interesar tanto a la condesa Leonor la noticia del tesoro, cuanto la profesión del judío y en seguida le propuso:

—Si es cierto que sois físico, curad a mi hija y después yo os facilitaré la búsqueda del tesoro.

El judío, que dijo llamarse Absalón, fué llevado a la habitación que ocupaba doña Isabel, joven de dieciocho años y tan hermosa como su madre.

Isabel estaba sentada en un asiento bajo. Al ver a Absalón, su rostro se arreboló, se cubrió con las manos y salió huyendo de la habitación.

—Hoy no conseguiríamos nada—aclaró la condesa.

Absalón recibió seguidamente ricos vestidos y tras ponérselos se presentó ante todos como joven y bien parecido. Pidió permiso a la condesa y dió un paseo por la orilla izquierda del río. El tesoro le tenía obsesionado. Se quitó la ropa y se zambulló en el río. Palpó el fondo con el pie y observó que era muy fangoso. Cortó un grueso palo y escarbó con él por los alrededores.

—¿Buscas algo?—le interrogó un pescador que, río abajo, venía sobre una balsa de corcho.

—No, nada—contestó secamente Absalón.

Siguió buscando durante otra hora larga y ya desesperanzado salió del agua y volvió al castillo. Ya estaba puesta la mesa para comer. Junto a él estaba la condesa Isabel. Pronto la charla se generalizó. La condesa Leonor, mujer culta e inteligente, defendía a su marido de las palabras del sacerdote que decía:

—Don Fernando debía acompañarla mucho más de lo que lo hace. La Corte lanza a los hombres a muy peligrosas disipaciones.

—La mujer que quiera de verdad a su marido le espera siempre con los brazos abiertos. ¿Sabéis lo que una mujer romana mandó esculpir en su lápida sepulcral y dirigido a su marido? Pues oid: «Juega, vive, bebe, y después, cuando estés cansado ven a descansar junto a mí»—, dijo doña Leonor.

—¿Qué opináis vos de eso?—preguntó Absalón a doña Isabel.

La joven, por toda respuesta, inclinó la cabeza y rompió en suave llanto.

Terminada la comida, doña Leonor llevó a una habitación apartada al médico judío y le rogó que se esforzase en curar a su hija. Absalón prometió hacer todo lo posible por lograrlo.

Desde aquel día se vió a ambos jóvenes con frecuencia por todos los alrededores del castillo. Iban al próximo castañar y se detenían cabe una fuente que de entre unas rocas vertía un agua pura y cristalina. Jugaban con la linfa del torrente y se tendían sobre la verde hierba.

—Tengo curiosidad por conocer tu vida—decía la condesa Isabel.

Absalón fué contándole las penalidades que había pasado en tierras de moros.

—¿Y nunca has estado enamorado?—indagaba ella.

—Sí, de una mujer de mi raza.

—¿Y en qué terminó aquel amor?

—Ella era superior a mí en espíritu y yo terminé por aburrirme.

Gran tristeza invadió el rostro de la joven. Absalón intentó consolarla, pero entonces ella corrió hacia el castillo y pronto la perdió de vista. No la vió en tres o cuatro días.

Una tarde, estando él en el jardín, sintió que sobre su cuello golpeaba algo. Se sacudió con la mano y vió caer al suelo una rosa, e inmediatamente oyó una voz burlona:

—¿Te has asustado?

Alegre y triscadora, llegó hasta él Isabel, con la falda llena de flores.



Se sentaron en un banco y él fué deshojándolas y bañando su cuello con los pétalos.

—Posas para tu cuerpo!—clamaba él.

Ambos se sintieron invadidos de una dulzura inefable.

Las campanadas del Angelus les sacaron de su ensimismamiento.

Después fueron descubriendo ese mundo maravilloso del amor total y mutuo.

—Me parece haber nacido de nuevo—decía ella.

—A mí se me imagina vivir fuera de este mundo—correspondía él.

Isabel iba ganando en color y en gracia, en salud y en hermosura. El amor, divino médico, había logrado el prodigio.

—¿Y si yo hablara a tu madre de nuestro amor?—proponía él.

—No, por Dios—suplicaba Isabel.

—Pero todo esto no podremos ocultarlo durante mucho tiempo—advirtió Absalón.

—Marcharemos lejos de aquí.

—¿Te sientes con fuerzas para ello?

—No lo dudes.

Desde aquel día dispusieron todo para la fuga.

Una noche, cuando supusieron que ya todos se habían acostado, bajaron al sótano y se internaron por un pasadizo que sale a la luz junto al río. Hicieron el recorrido sin contratiempo alguno y pronto se encontraron en la orilla izquierda del Alagón. Isabel, presa de pánico, quería alejarse cuanto antes de las cercanías del castillo.

—Vámonos de aquí—gemía.

—Antes debemos hacer algo por buscar el cofre del tesoro—insistió Absalón.

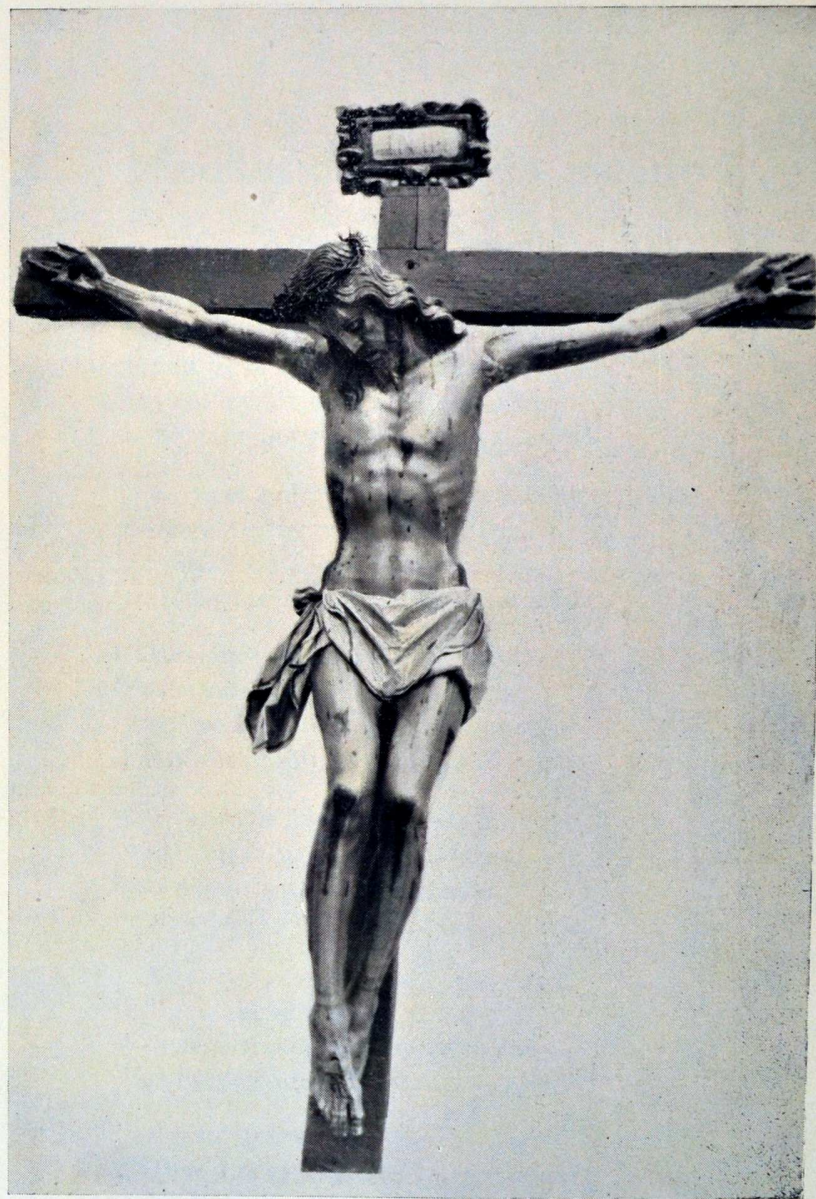
—Déjalo. No nos detengamos,

Fué inútil. Absalón se desnudó y rebuscó por el fondo del río. Salió la luna. La luz lechosa bañó el agua y puso nimbo en la cara angustiada de Isabel. Absalón lleno de fango y de fatiga palpaba jadeante el barro, las piedras, los hierbajos.

—Vamos, vamos—suplicaba una y mil veces Isabel.

Parecía como si Absalón tuviese pegados sus pies al fondo del cauce. Su silencio era angustiioso. Isabel ya no pudo resistir más, se quitó parte de sus ropas y avanzó hacia el agua. De pronto, perdió tierra firme, resbaló y un grito punzó el silencio de la noche. Su cuerpo fué pronto tragado por las aguas. Absalón corrió en busca de Isabel, tanteó durante buen rato las aguas y no dió con ella. Tomó otra dirección y al fin logró coger el cuerpo de su amada. Con grandes esfuerzos consiguió sacarlo a la orilla. Tomó a Isabel en sus brazos y livido, demudado, desnudo, dando ayes de dolor, corrió con ella hacia el castillo. Tenía vida. Antes de llegar a la puerta principal cayó desvanecido sobre el cuerpo de Isabel.

Dice la leyenda que doña Leonor, al día siguiente de enterrar a su hija, mandó cortar la cabeza de Absalón de un solo tajo, sobre la almena más alta del castillo y que todavía conserva la piedra granítica manchas de aquella sangre.



ALBUM EXTREMEÑO. — Alcántara. Cristo Crucificado. Talla de Montañés. Foto Javier